

REPORTAJE

Arte «underground» de Nueva York en las paredes de Chamberí

Jorge Rodríguez, cubano afincado en España, pinta en Fuencarral las caras gigantes de una mujer española y otra china, símbolo de integración

JUANCHO SÁNCHEZ

Madrid—Una pared que habla con el artista, quien a su vez dialoga con la gente a través de ella. Un cuadro gigante perfilado sobre ladrillos que será efímero porque lo borrarán el agua y las obras, pero aspira a quedar para siempre, como un beso que nos tocó ayer. Un espacio robado a la publicidad que no vende nada porque «sólo habla de personas y sentimientos», de una ciudad que vive.

Son esa pared enorme, esos ladrillos y un lapiz de carbón las «armas» que usó Jorge Rodríguez Gerada cuando, cada día de esta semana, se elevó sobre una grúa a veinte metros de altura y, en pleno Chamberí, convirtió un muro carcomido por los años en dos rostros de más de quince metros de envergadura —los de Raquel y Swan, toledana una, china la otra—, símbolos del madrileñismo actual, que es de todas las culturas.

Poco después de que ese inmenso mural esté acabado, las máquinas comenzarán a levantar un edificio de viviendas que lo tapanán. De hecho, en el año que durarán las obras se habrán marchado ya de la pared las caras de Raquel y Swan. ¿Por qué, entonces, dibujarías, si van a desaparecer? «Porque es lindo», contesta el artista. «La obra es eso: la selección de los modelos, el proceso de retratarlos, las caras de asombro de la gente que pasa por delante y se queda mirando... y la desaparición final».

Tiene razón. Cada persona que le

ve allí, encaramado a su grúa, mano-seando a una pared que es ya dos rostros que se miran de soslayo, deja de hacer lo que está haciendo para admirar al artista, para valorar su obra. «Yo creo que las mujeres se miran con recelo porque desconfían: la española de la china y la china de la española», le dice un joven a su amigo. Error. Es todo lo contrario. Esa imagen es la curiosidad de unos ante la llegada de los otros.

«Sé que el dibujo desaparecerá pronto, pero me gusta así, esa es la poesía»

«Madrid —explica Jorge— está en un proceso que Nueva York, París o Berlín vivieron hace mucho. Allí, cuando miras a alguien, es imposible saber cuántas generaciones lleva su familia en esa tierra, por más que sean blancos, amarillos o negros. Aquí todavía la ciudad se está acostumbrando a la llegada de los de fuera, y eso genera curiosidad».

De hecho, las modelos elegidas para el mural —fruto, por cierto, del programa «Madrid-procesos-redes» de la Consejería de Cultura— lo han sido porque ambas «se consideran muy madrileñas» y eso es lo que quería reflejar Jorge Rodríguez, su pertenencia a una ciudad, su mensaje

que habla «de los seres humanos, del contacto entre los hombres, de la memoria, de los recuerdos».

El caso es que si se oye hablar a este emigrante de todas las patrias casi apetece más su voz que su pintura. Dice que dibuja rostros gigantes porque quiere hablar de la gente que no es famosa: «Hoy el individuo no importa; los terroristas matan inocentes para llamar la atención de los culpables. Pero si uno para a hablar con alguien, verá que detrás de esa persona hay una historia, y que esa historia merece la pena, está llena».

Jorge Rodríguez, que ya ha decorado otro mural en Embajadores y muchos en Cataluña, es un rey del «underground» americano, el impulsor del «Culture Jamming» (interferencia cultural). Comenzó a pintar sobre carteles publicitarios en EE UU. «Las empresas vendían productos dañinos para pobres, a los que engañaba, por ejemplo, con cervezas adulteradas con alcoholes infames que garantizaban la borrachera y les destruían el hígado».

Comenzó a pintar sobre los carteles para cambiar su significado y avergonzar a los empresarios. Pero éstos asumían aquello de «que se hable de mí, aunque sea mal», y se aprovecharon de él, por lo que casi reniega de su arte. Cuando una multitud comenzó a imitarle, se cansó. Y comenzó a viajar, y llegó a España. «Aquí la gente es más humana. Vas por la carretera y no hay vallas publicitarias, y eso es maravilloso».



Desde el edificio adjunto al solar que Jorge ha decorado las vistas de su obra son excelentes

«Es un honor haber sido modelo»

Raquel es dueña de un bar en Chamberí. Llegó a la ciudad desde Toledo hace casi dos décadas y aquí conoció a su marido, se casó y tuvo dos hijos. Por eso se siente madrileña más que otra cosa y por eso se prestó a posar para ser un rostro gigante en la calle Fuencarral. «Jorge y su mujer, que también es artista, comenzaron a venir por aquí y un día, hace como un mes, me propuso hacer conmigo esta obra de arte. No pude negarme. Es un hombre de gran talento y de gran humanidad».

«Mi idea inicial —explica Jorge— era elegir a dos hombres,



uno de ellos ecuatoriano, peruano, o algo así; pero cuando conocí a Raquel y a María pensé que ellas podrían representar lo que quería, porque sus dos comercios están juntos y eran bellas personas y muy amigas».